

Carlos Real de Azúa, ANTOLOGÍA DEL ENSAYO URUGUAYO CONTEMPORÁNEO, Tomo I. Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, 1964, pp. 63-70.

Transcripción: Arturo Rodríguez Peixoto

Julio Martínez Lamas (1872-1939)

Vivió una existencia apacible, casi penumbrosa, de funcionario público y estudioso. Fue un hombre de administración pero, lejos de la rutina indiferente que suele ser el atributo del quehacer burocrático, resulta para nosotros un preocupado de las obsesiones que nos rondan, un precursor de todos los temas nacionales de nuestro tiempo. La condición económica del país y, sobre todo, su estructura económica es casi su único tema si se atiende a que un primicial trabajo suyo de 1918 se titula **Situación económica del país**, a que su obra mayor, de 1930, versa sobre el mismo asunto, a que en 1932 produjo para un congreso rural las tesis sobre **Situación económica del Uruguay** y a que unos años después, al filo de su muerte, apareció **¿Adónde vamos?** (Montevideo, s. f.) que vulgarizó, precedido por la vía periodística, la “gran cuestión” del retroceso económico nacional que había explanado en su libro fundamental.

En 1943 la diligencia de su hijo dio a la imprenta el tomo I de un vasto estudio sobre la **Economía Uruguaya**, que no tuvo continuación y en el que Martínez Lamas repasó, morosa, cuidadosamente el cuadro de nuestros factores productivos.

Pero si se analiza especialmente su **Riqueza y pobreza del Uruguay** (1930) no es difícil ver (sin otros requerimientos que pequeños ajustes terminológicos y esto es lo que hace su lectura interesante y hasta imprescindible) planteados –radical, lúcidamente– todos los temas económicos de la quinta y sexta década: las exigencias del desarrollo, sus vías posibles (industrialización o adensamiento agrario), las prioridades de la capitalización, las condiciones sociales y tecnológicas del crecimiento.

Tampoco es arduo recoger en él –claro que con discreción y mesura– los lemas con que se logró clausurar en 1958 todo un período de nuestra historia político-social: la campaña, fuente de recursos del país; su expolio por la capital por la vía del impuesto y la política de precios; el contraste entre “campaña productiva” y “ciudad lucrativa”; la macrocefalia montevideana y el desequilibrio de lo rural y de lo urbano; la diatriba contra la industrialización (“falsa”, “protegida”, “artificial”), del proteccionismo y de la burocracia; el encomio de la libertad irrestricta de comercio y la confianza ilimitada en la imbricación de la corriente importadora y el desarrollo de la producción pecuaria.

Su tendencia a pensar la realidad económica en áreas delimitadas estáticamente y en términos de volúmenes físicos de producción con cierto desdén de los factores monetarios acercan su pensamiento a la nunca totalmente perimida tradición fisiocrática. También podría señalarse en él a un antikeynesiano típico y “avant la lettre” que ya atacó en su

tiempo el principio difuso de la utilidad de cualquier gasto público por poco reproductivo que él sea.

Su enfrentamiento de campaña y ciudad o –para decirlo más estrictamente– de interior y capital tiende (como es frecuente en quienes lo practican) a la heterogeneidad –social, de niveles, de zonas– de ambos. Las solidaridades internas que nuclean estos dos ámbitos evidentes, las tensiones de clase que los escinden no preocuparon a Martínez Lamas, por lo menos hasta llevarle a matizar un dualismo muy riguroso. Y es lástima que esto ocurra, ya que visión tan uniforme priva de buena parte de su valor a tentativas tan meritorias como el “balance de cuentas” entre capital e interior que **Riqueza y Pobreza...** contiene.

Si este considerar al país globalmente, sin atención a clases, deja muchas de sus reflexiones a mitad de camino, presta a sus planteos un cierto anacronismo el que todos ellos descansaran en el supuesto de un mundo estable (a partir de 1930 rápidamente dejaría de serlo), en paz, con relaciones de intercambio internacional libres y sustancialmente justas, sin coeficientes políticos perturbadores. En realidad, **Riqueza y pobreza del Uruguay**, aparecido en 1930, estaba ya pensado y armado antes de la crisis mundial desencadenada el año anterior y esto hizo que el contexto en que habría que insertar sus evidencias resultara radicalmente distinto al de aquél que el autor habla tenido presente.

El ámbito intelectual de éste y del de otros trabajos de Martínez Lamas es el del ensayo americano del 900 y así lo testimonian su matizada filiación en el positivismo spenceriano, la doctrina evolucionista, el organicismo sociológico... Su firme creencia en la “teoría de los factores” como capaz de explicar cualquier realidad histórico-social, la vía asociacionista con que tiende a explanar la emergencia de tipos psico-sociales nuevos, su misma fe en un “carácter nacional” –si no innato ni previo– fijo, formado por aportes raciales diversos, su misma adhesión a ciertos tópicos de la “leyenda negra”, sus mismas autoridades preferidas (Darwin, Fouillée, Finot, Le Bon) pertenecen también por entero a un género que tiene sus ejemplos en **Pueblo enfermo** del boliviano Alcides Arguedas, en **Nuestra América** del argentino Carlos O. Bunge, en **El porvenir de las naciones latinoamericanas** del mexicano Francisco Bulnes.

En nuestro medio nacional, **Riqueza y Pobreza** sólo hallaría sus precedentes en un libro de 1911, de Luis E. Azarola Gil: **La sociedad uruguaya y sus problemas**. Más coetáneos suyos y muy afines en la libertad de juicio, en la misma perspectiva, son mencionables los trabajos de Luis Caviglia, otra valiosa figura de su generación, reunidos en los cuatro volúmenes de **Estudios sobre la realidad nacional** (1950-1952).

Y si puede hablarse de “libertad de juicio” es porque, en grado mayor de lo común, aparece Martínez Lamas en posturas no atadas visiblemente a consignas o intereses, en opciones cuya dirección no siempre es posible prever. Si se estrecha, empero, el cerco de sus premisas se le puede identificar –acumulativamente– como un conservador, un liberal antietatista, un individualista, un antiindustrialista, un antiburocrático, un partidario del capitalismo agrario, un creyente en la ética de la burguesía naciente. Pero, también, una mente desprejuiciada, cuyas conclusiones resultan a veces notoriamente embarazosas para sus propios puntos de vista o para ciertos intereses que un cuidadoso deslinde no se ocupe de distinguir de los suyos. En este rubro cabe colocar los del latifundio, al que ya concebía

al modo de hoy como la gran magnitud agropecuaria de baja productividad y al que enfrentó con visibles inclinaciones “georgistas” que son rastreables en sus páginas y que lo acercan a una personalidad que, como la de Batlle, no gozó evidentemente de sus simpatías.

Si su perspectiva hubiera de sintetizarse, podría decir que toda su obra testimonia largas meditaciones sobre el material empírico que, por largos años, en sus funciones profesionales manejó; sobre una realidad en la que, como uruguayo activo, vivió inmerso y que fue capaz de mirar sin las anteojeras que pone el ánimo de aprehensión, o de defensa, o de resentimiento.

Hay, claro, contradicciones, en su pensamiento. Su consigna central: poblar –y atraer la inmigración– producir, exportar, se sitúa de pleno derecho en la línea del desarrollo “umbilical” o “hacia fuera”, como tienden a llamar los economistas del crecimiento a la promoción económica que sirve las pautas del imperialismo. Pero al mismo tiempo hay en él una percepción (no habitual entre las gentes de su pelo y muy aguda) de los avances económicos del capital extranjero en muchos puntos similar a la que dicta los estudios de Vivián Trías sobre la comercialización de nuestros productos y que él hace patentes en su libro de 1930 y en **¿Adónde vamos?**. Y si participaba de la hostilidad del sector conservador a los gastos crecientes del Estado que el Batllismo promovió, si creía que el presupuesto insumía un porcentaje desproporcionado de la renta nacional, conocía también su significado relativo e insistía en la necesidad de indagar si todo respondía a necesidades reales del país o era, por el contrario, superfluo.

Todo este material apuntaría, se estará pensando, a una antología de nuestro pensamiento económico. Pero, implicada en sus tesis de tal índole desarrolló Martínez Lamas toda una teoría del país, del carácter nacional, de los partidos políticos y de la política. No creo que lo haya hecho por ambición totalista, sino por lo muy consciente que era de que una economía se desenvuelve en cuadros extra-económicos (psicológicos, sociales, institucionales...) que la inflexionan decisivamente. Y no queriendo, entonces, lavarse las manos de un juicio sobre ellos, no pasó a su lado, asépticamente, como lo hacen la mayor parte de nuestros técnicos económicos y financieros.

De cualquier manera, lo que da carácter peculiar y significación durable a **Riqueza y pobreza del Uruguay** es su insistencia fundamental en el deterioro económico del país, que él subraya en el estancamiento de la agricultura, en el retroceso de la ganadería, en las deficiencias de las vías de comunicación, en la carencia de habilitación técnica. Este tema, de 1963, fue, gracias a él, un tema del jubiloso Centenario. La tesis de su libro constituye una acerba crítica a la política económica de los últimos Consejos Nacionales de Administración que el Batllismo, no sin fuertes resistencias y trancas, orientara. En este sentido es sintomática la filiación de los diarios –**El Plata**, **La Mañana**– que se hicieron los portavoces de su diagnóstico.

La industrialización “artificial”, el desborde burocrático, el exceso impositivo, la concentración de los “beneficios sociales” en las capas menos favorecidas de la ciudad son algunos rubros de esta denuncia. Pero al esquematismo ideológico de aquéllas y estas ideas pudo (y puede) sorprender que tales críticas se parigalen con el ataque a fondo al carácter despoblador del latifundio, a su producción antieconómica, a las lacras sociales que su

contorno engendra. En este plano, los juicios de tan inequívoco conservador sobre ciertos aspectos (analfabetismo, enfermedades, imposibilidad de familia, “pueblos de ratas”) no difieren sustancialmente de los que la izquierda ha podido formular.

Pero los dos extremos se aúnan en que, para el autor de **Riqueza y Pobreza**, fueran la escasez de capitales, la imposibilidad de inversión provocada por la política fiscal, el proteccionismo, el injusto desnivel de cuentas entre capital e interior los que impedían –y el estanciero era en este contexto una víctima y no un culpable– la necesaria capitalización. Martínez Lamas la concebía, naturalmente, por la vía de la empresa privada pero ponía más énfasis en que sólo ella sería capaz de hacer evolucionar al latifundio hacia formas de ganadería y agricultura intensivas y granja, que darían a su vez un decisivo empuje a la producción física del país, podrían arraigar de nuevo las grandes masas de paisanos desplazados y estarían en condiciones de brindar a ellas –y a todos– mejores, más humanas condiciones de vida. En este primer esbozo lo que cabría llamar el “ideal neo-zelandizador” del Uruguay, Martínez Lamas pensaba que una intensa capitalización del estanciero sería capaz de facilitar este tránsito, confianza de la que hoy es difícil participar pero que era firme, sólida convicción en él.

Se ha tachado de pesimista su enfoque y el adjetivo es pertinente si se le hace atañer a la estricta situación que Martínez Lamas fijó en su libro. Pero su fe en el país iba más allá de ella y hay en todas sus páginas una ferviente creencia en las potencialidades nacionales. Individualista robusto, no dudaba de los alcances de una acción que se propusiera superar todas las rémoras y –no sin imprecisiones– afirmó la primacía del factor humano “trabajo” respecto al que la “tierra” representa. Contra el desaliento que la pequeñez territorial del país pudiera infundir, demuestra, frente a ciertos secuaces de las doctrinas de Ratzel, que el espacio no es insuficiente y, planteada la cuestión del “tamaño nacional”, adhiere a la clásica tesis uruguaya de que **los pueblos son grandes por el espíritu** y no por el suelo que se despliega bajo sus pies. Contra la frecuente insistencia del pensamiento novecentista en el “factor racial” realiza atinadas observaciones sobre el famoso tema de la “crueldad criolla”. Proclamada la primacía de los factores ecológicos y económicos sobre cualesquiera otros, atiende a cómo ellos son los mismos para nosotros que para el Entre Ríos argentino, con el que, constantemente, nos compara y cuyo desarrollo explana con minucia y no sin cierta dolorida emulación.

Porque, a pesar de su despliegue numérico y de su estilo voluntariamente mostrativo, puede decirse que a Martínez Lamas, como a tantos uruguayos de tiempos posteriores, “le dolía el país” y, sobre todo, algunos fenómenos (tal la constante emigración a las naciones limítrofes en busca de mejores horizontes) le llegaban como un escandaloso desafío a nuestros deberes, como una lacra que hubiera exigido un esfuerzo concorde, total, urgentísimo.

Empero, en último término, es esperanzado su alegato por la capitalización del país, el incremento de la población, el culto al trabajo, la iniciativa individual, el fomento de las actividades del campo. Lo que él consideraba **ideología errónea** no lo era por sus fines sino por sus medios, puesto que no creía que los correctos fuesen –en cuanto a compensar la extracción fiscal que el campo sufría– ni las obras públicas que no crean por sí mismas riquezas ni la política de precios mínimos que (ya) veía beneficiando, más que a los

plantadores, a los despiadados consorcios cerealeros argentinos, a los Dreyfus, los Bunge Born, los De Ridder. Su solución, no muy concreta en sus páginas y tentada en nuestros días con otros nombres, era destinar esa masa impositiva originada en el campo a atenuar los males de la despoblación, crear trabajo, intensificar los modos de explotación ganadera, evitar el pauperismo, alentar la industrialización y el consumo de materias primas nacionales.

Hombre de ciudad pero centrando sus intereses en la economía agraria, economista práctico, estadígrafo, Martínez Lamas representó dos líneas de cultura nacional de considerable importancia y de sustancial contribución al esclarecimiento de las condiciones y naturaleza del país.

El enfoque económico, que tuvo sus precursores en Lavandeira, Pena, Bauzá, Martín C. Martínez, que sufrió su primera sistematización en Eduardo Acevedo, adquirió en él plena significación y se prolongará en economistas de generaciones posteriores: en la vasta labor de Quijano, en los estudiosos (Faroppa, Iglesias, Wonsever y otros) formados por la Facultad de Ciencias Económicas.

La otra línea que Martínez Lamas puede representar es la de un “pensamiento ruralista” que es tal por su temática, o por los intereses que defiende o, a veces, más tenuemente, por el imborrable sello de origen de algunos que han contribuido a él. Natural es que tales calidades pueden acumularse o presentarse aisladas; el caso común de un “pensamiento ruralista” es que él no sólo atiende a las realidades sociales, económicas y humanas de nuestro agro sino que, también, postula el centramiento del empeño nacional en la promoción agropecuaria, subrayando la índole básica y, por ahora, insustituible, de la riqueza que el campo produce. Es una larga tradición temática e ideológica cuya historia valdría la pena realizar y cuyos iniciadores podrían señalarse en algunos informes de la época virreinal (Azara, el Anónimo de Brito Stifano, Oyárvide), las reflexiones de Larrañaga, el Reglamento artiguista y muchísimos documentos del Fundador, los planes agrarios de Lucas Obes, el material de observaciones suscitadas por la gira del Presidente Giró en 1852. Pero es, sobre todo, en torno a la fundación de la Asociación Rural en 1879 y a la copiosa producción de Domingo Ordoñana que un pensamiento “ruralista” se formaliza y fija unas pautas a las que serán fieles sus representantes posteriores: Carlos Arocena, Francisco J. Ros, José Irueta Goyena, Carlos Reyles, Luis Alberto de Herrera, Juan Vicente Chiarino, Miguel Saraleguy. Las últimas promociones continuarán esta dirección –que cabría rotular de “ruralismo empresario”– en los muy interesantes planteos de Gallinal Heber y Frick Davie. También, colmo era inevitable, se incrementará en estas últimas décadas un “ruralismo” ajeno a estos puntos de vista y que ya no atiende a la reivindicación gremial sino a las condiciones sociales que engendra el latifundio y enfoca la realidad económica del agro desde las exigencias globales que el desarrollo del país puede plantearle. En este “ruralismo de izquierda” muy caudaloso es de justicia señalar los libros **Agua turbia** (1939), **Miel Amarga** (1940) de Juan Antonio Borges y Elsa Fernández y los nombres más cercanos de Luis Pedro Bonavita, Guillermo Bernhard, Williman Osaba y Esteban F. Campal, entre otros.